

CAPITULO XVI.

CAPITULO XVI.

DOÑA ESTRELLA DE VELASCO.

I.

Era doña Estrella de Velasco una preciosa rubia de diez y ocho años, menina de la reina é hija del rico hombre Pedro Gutierrez de Velasco, que tenia en la córte el cargo de repostero de la reina, y la servia con algunos rocines; viudo, habia adoptado, para tener en seguridad la honra de su hija, ponerla bajo el amparo de la reina en su servidumbre.

Dijolo así francamente á la buena doña María, y esta, atendiendo á la rancia nobleza y á los buenos servicios del rico hombre y al buen carácter, al candor y á las virtudes de doña Estrella, dió á su padre el cargo de repostero, y admitió á la hija en su servidumbre como su menina.

Por esta razon, padre é hija no se separaban jamás de la reina.



## II.

Era doña Estrella, como hemos dicho ya, rubia, de un rubio delicado, blanca, con los tonos de la blancura del nácar, y con los ojos densamente negros: uníase á esto el brillo de una gran juventud, una graciosísima regularidad de formas, una suave morbidez y una esbeltez elegantísima, á lo que contribuía lo alto de su estatura; mas que otra cosa, parecía una ninfa del paganismo, cuyo tipo nos han dejado los mosaicos y los frescos romanos.

Doña Estrella era deslumbrante, por decirlo así: atraía sin pretenderlo, y con mucha mas fuerza, á causa de su modestia.

La reina la amaba, la amaba la infanta doña Isabel, sus compañeras la trataban como hermana, su padre deliraba por ella.

Alguna vez, el rey la habia mirado profundamente, obligándola á bajar los ojos y á encenderse por algo que podia llamarse pudor alarmado.

Un dia, el infante don Enrique dijo á Juan Alfonso de Benavides:

—¿Por qué no os casais con doña Estrella de Velasco? El rey os lo agradecería mucho.

—¿Bah! don Pedro Gutierrez de Velasco, contestó Benavides, cree que tiene en su hija un rey moro atado por la cola, y sabe Dios si le parecería yo un mezquino partido para su hija.

—Pues mirad, Benavides, que no podemos descuidarnos: la reina se va sobreponiendo á todo, va criando sangre, y estoy viendo próximo un dia en que, empezando por mí y concluyendo con el mas débil de los que en la córte viven, acaba por dominarlo todo á costa nuestra; es necesario distraer al rey, irritarle: la mujer que mas agrada á su señoría, es la infanta de Granada; pero ya sabeis que no hay que contar con esta; es una recoleta, y paréceme que no me engaño si digo que alguna pasión oculta es la que hace que doña María de Granada no atien-

da á las solicitudes de nadie, ni aun á las del infante don Juan Manuel, que está loco por ella.

—Pero acabemos de una vez, señor infante, dijo bajando la voz Benavides, como cuando un hombre va á hablar de una cosa reservada, por mas que sepa que no le escucha mas que aquel con quien habla: esa que se llama infanta de Granada, ¿es realmente una mujer, ó un mancebo imberbe disfrazado de mujer y metido en la servidumbre? ¿es doña María, ó el terrible don Gutierre de Silva, caballero del Aguila Roja?

—Benavides, dijo don Enrique, ese es un misterio de que habla sin cesar por lo bajo la córte; pero yo puedo aseguraros, que aunque doña María de Granada es el caballero del Aguila Roja, el caballero del Aguila Roja era doña María de Granada, que sin duda por un milagro de Dios ha adquirido como hombre y como capitán un alto renombre de bravo; pero no lo digais á nadie, dejad correr la idea de que es un hombre disfrazado de mujer: esto perjudica á la reina, porque da lugar á murmuraciones poco honrosas, atendida la intimidad que tiene la reina con la infanta doña María.

—El rey no sabe tal cosa, dijo Benavides como quien conocia bien el espíritu del rey, y cree á doña María dama y muy dama.

—¿Bah! eso no importa, el rey vacilará y creará lo que nosotros queramos que crea cuando nos hayamos apoderado completamente de él: las circunstancias apremian, la infanta doña Constanza, que casará dentro de algunos dias con el rey, es una garrida moza, pero aún muy niña; y como la ha tenido hace tanto tiempo en su poder la reina, el rey se ha acostumbrado á ella, y la mira mas como hermana que como amante. Sin embargo, no sabemos qué influencia puede ejercer doña Constanza sobre el rey despues de que sea su esposa, y es urgente que nos prevengamos.

—Vuestra esposa, dijo con un audaz cinismo Juan Alfonso de Benavides, tiene una gran influencia sobre su señoría.

Revolvióse algo frio, algo amargo, algo letal en el fondo del alma del infante don Enrique; pero disimuló, y dijo:



—Doña Juana es demasiado altiva para que se preste á amaños, ni yo lo consentiría.

—¿Y me proponéis, dijo con audacia Benavides, que me case con doña Estrella de Velasco, para que doña Estrella nos sirva de fascinación para con el rey? No me tiene cuenta, señor infante.

—¿Y qué esperáis ser vos si las cosas siguen como van? dijo con candor don Enrique; ¿ser lanzado de la corte y veros reducido á vivir en un poblachon de Castilla, como un pelaire hidalgo de gotera? No seáis necio, y aprovechad todos los medios de engrandecimiento que podáis, que despues, cuando ya no nos haga falta doña Estrella, ocasion tendreis para veros libre.

—¿Y por qué no hacer las cosas por derecho? ¿por qué no hablar á doña Estrella en nombre del rey?

—Porque seria echarlo á perder: doña Estrella es altiva, soberbia como Satanás, y ese delicioso ángel se tornaria á nosotros con uñas y con dientes si le hiciéramos tal proposición: los medios ocultos son los mas seguros, Benavides; id, id allá, y decid á don Pedro Gutierre de Velasco que quereis casaros con su hija, que yo estoy seguro que en tanto os tiene por lo que sabe que el rey os estima, que no os la negará.

—¿Pero y ella? Paréceme á mí que no es para doña Estrella una novedad el amor.

—¿Pues á quién ama?

—Barrunto que al camarero de la reina Pedro de Carvajal.

—¿Eh! hidalguillos andaluces de los que no tienen mas que cuatro aranzadas, un rocín y una lanza: Velasco no dará su hija á un tal pelon.

—Pero le protege la reina.

—Protégeos el rey, y como el rey va á llegar pronto á su mayor edad, Pedro Gutierre estimará en mucho mas el favor del rey que el de la reina; id, id, pero no vayais hasta mañana, que hoy os compondré yo al viejo Velasco y os le pondré tan blando como una gamuza.

## III.

En efecto, el astuto é insinuante don Enrique, redujo de tal manera al lealote Pedro Gutierre de Velasco, que cuando al otro día Juan Alfonso de Benavides le pidió su hija por mujer, se la concedió decididamente, empeñando su palabra de hidalgo rancio, de que mandaria á su hija quisiese á Benavides, y si ella no lo otorgaba, la encerraria en un convento.

## IV.

La pobre doña Estrella escuchó estremeciéndose á su padre: aborrecia instintivamente á Benavides, como toda alma recta y pura aborrece á las almas torcidas y llenas de podredumbre, y amaba con toda su alma á Pedro de Carvajal, que era un buen caballero.

Pero la educacion de las mujeres de aquellos tiempos era tal, que no las dejaba voluntad propia.

Aún duraba en las costumbres la influencia de la legislación romana, madre de nuestra legislación: el precepto del padre era un decreto inapelable que no podía ser desobedecido sin ofensa á Dios.

Doña Estrella contestó muriéndose á su padre, que ella era contenta de hacer lo que él la mandase, y cuando se quedó á solas, lloró con toda su alma por Pedro de Carvajal, como si él, el hombre á quien adoraba, hubiera muerto para ella ó ella para él.

Juan Alfonso de Benavides empezó á tratar ya como á su prometida esposa á doña Estrella de Velasco, y nació una enemistad á muerte entre los dos hermanos Carvajales y Juan Alfonso de Benavides.



El odio aconseja mal.

Empezó á torcerse el alma de Benavides, y empezaron los siniestros proyectos.

## V.

En tal estado estaban las cosas cuando sobrevinieron las bodas del rey y de la infanta doña Beatriz, y tuvieron lugar las justas y demás fiestas, en celebracion de aquel fausto suceso.

Pedro de Carvajal se alegró mucho de que le tocase en suerte justar contra Juan Alfonso de Benavides, y aunque las armas de la justa, como de costumbre, eran corteses, ó lo que es lo mismo, tenian los hierros embotados, Pedro de Carvajal tiró á muerte á Benavides, y con tal furia, que á ser agudo el hierro de la lanza le atravesara de parte á parte, no importando lo cortés de la lanza para que Benavides quedase muy mal parado del golpe y de la caída.

Asustóse doña Estrella, no por la desgracia de Benavides, sino por el peligro en que vió puesto á su amante Pedro de Carvajal, y de tal manera fué el susto, que no pudo asistir al sarao del Alcázar.

Equivocáronse todos, porque todos sabian que Juan Alfonso de Benavides y doña Estrella de Velasco estaban tratados de casar, atribuyendo la indisposicion de doña Estrella á su amor por Benavides, y aun se equivocó el mismo Pedro de Carvajal, suponiendo que doña Estrella no podia asustarse por su peligro, creyendo por vanidad que doña Estrella no podia creer que él corriese el menor riesgo en un lance de solo á solo con Juan Alfonso de Benavides.

## VI.

Y aconteció que teniendo por casualidad un hermano canónigo en la colegiata de Alcañices Pedro Gutierre de Velasco, el canónigo, que no conocia á su sobrina porque no habia visto á su hermano desde que se casó, quiso tenerla en su casa durante todo el tiempo que la córte permaneciese en la villa, y habida licencia de la reina, doña Estrella se fué á vivir casa del señor Nuño Gutierre de Velasco, que así se llamaba el canónigo, y bajo la guarda de una tia solterona y ya entrada en años, que estaba loca de contento con su sobrina, y sintiendo de antemano el instante, que no podia estar muy remoto, que doña Estrella se fuese con la córte.

Doña Estrella ganó algo: la anciana tia, aunque muy buena cristiana y muy mirada en puntos de honra y muy á propósito por su moral para guardar doncellas, padecia de modorra y se dormia con el rosario en la mano á los dos minutos de haberse sentado; y como padecia por su edad de flojedad de piernas, si se levantaba un poco para ahuyentar el sueño, cuando despertaba, cansándose pronto, volvía á sentarse, de lo que resultaba que se pasaba el dia durmiendo, y que en siendo el oscurecer se acostaba formalmente, y en haciendo esto, no habia ruido que la despertase, ni otro medio que moverla bruscamente, á no ser cuando rayaba el dia, que despertaba por costumbre para seguir durmiendo, con la sola diferencia de que su sueño diurno era mas ligero, y de que en vez de ser en la cama lo dormia en un sillón.

En cuanto al canónigo, se acostaba á la misma hora que su hermana, y no habia que contar con él hasta una hora antes del amanecer, en que le llamaba su paje, le vestia y le acompañaba á la cercana colegiata, donde tenia obligacion de decir la misa de alba.

Doña Estrella, pues, conoció que podia disponer de las no-



ches mientras estuviera en Alcañiz, bien á diferencia de cuando vivia en la córte, que no se separaban de ella ni de las otras doncellas, meninas y damas, las dueñas de la reina, cada una de las cuales era un Argos.

Recogíase doña Estrella en el mismo aposento que su tia: en otro aposento mas allá se recogia el canónigo, y un paje de este en un aposentillo inmediato; el resto de la servidumbre, que se componia de dos criadas y de un viejo criado, estaban relegados allá á unos malos aposentos que tenian los desvanes del segundo piso: quedaba gran parte del piso principal y todo el piso bajo, que tenia rejas á la plaza, á la libre disposicion de doña Estrella.

Esta esperaba á que se marcasse lo profundo del sueño de su tia por una especie de ronquido sordo y gutural que indicaba que la buena señora estaba en el otro mundo, y entonces volvia á vestirse, se salia quedito de la habitacion, bajaba á una de las rejas, y por ella se estaba hablando casi toda la noche con Pedro de Carvajal, á quien habia avisado de que sus amores podian tener aquel desahogo.

Juan acompañaba á su hermano Pedro y se sentaba pacientemente en un guardacanton de la esquina, por si acaso apercebido Benavides de aquella infidelidad de su prometida esposa, pensaba en alguna fechoría.

## CAPITULO XVII.

DEL BUEN SERVICIO QUE POR CASUALIDAD PUDIERON HACER Á LOS DOS HERMANOS CARVAJALES, ZANCUDO Y EL ZURDO, Y DE LO QUE ZANCUDO SUPO Á CAUSA DE ESTE SERVICIO.

### I.

Habia fatalmente entre las dos familias de Carvajal y de Benavides un odio heredado.

El padre de los Carvajales, por una querella, habia retado al padre de Benavides, le habia matado en duelo y le habia córtado la cabeza.

El odio de los Benavides y los Carvajales habia crecido á causa de doña Estrella. Así es que Pedro de Carvajal, como hemos dicho, habia tirado con muy mala intencion á muerte en la justa á Juan Alfonso de Benavides, y si bien no habia logrado matarle, habia logrado, sí, maltratarle gravísimamente.

Por esta razon, cuatro escuderos de Juan Alfonso de Benavides, gente mala y aviesa, porque Benavides buscaba siempre para que le sirviesen pícaros, se habian propuesto vengar á su señor matando aquella noche á los hermanos Carvajales, uno de los cuales sabian hablaba con doña Estrella.